

RECORDANDO AL MAESTRO Y AMIGO

El 26 de noviembre de 1966, publicamos en el periódico **El Mundo**, de San Juan, P.R., un trabajo titulado **Perfil de Don Federico de Onís**. En esa fecha se cumplía un mes con doce días del fallecimiento del insigne crítico y educador salmantino. Ese trabajo fue entonces nuestro último adiós al querido maestro. Como decíamos en ese artículo, este castellano hispanoamericano, este salmantino ibero y latinoamericano, perteneció a tres mundos: España, América y la inmortalidad. En efecto, a la inmortalidad del recuerdo es que pertenecerá siempre Don Federico. Más que otros investigadores y educadores de “las dos Españas” que le precedieron o que fueron sus contemporáneos en la lucha por abrir surcos en este continente, desde cerca o desde lejos, para desarrollar un concepto positivo y un firme respeto hacia la cultura hispánica, tales como el genial dominicano Pedro Henríquez Ureña, el recio erudito Ramón Meléndez Pidal, el fonetista Tomás Navarro, el crítico y pensador Américo Castro, el cantor de nuestro mar Pedro Salinas, el eminente filólogo Amado Alonso y otros, Don Federico ha dejado a los estudiosos hispanoamericanistas una herencia espiritual e intelectual imperecedera: amor definitivo a las letras de la América Latina, afán perfeccionista por realizar una obra investigadora de permanencia, sentido creador de interés universal dentro de lo iberoamericano.

A lograr ese ideal en sus discípulos, dedicó toda su vida, su obra entera, “su pasión, su coraje, su rebeldía.” Este hombre que, como afirmamos en el mencionado artículo, tenía alma de niño en corteza de gladiador, amaba a sus discípulos aunque fuera siempre el más exigente de todos los profesores, porque siempre deseó que el trabajo fuese completo, autorizado y profesional. Su palabra en la cátedra, señalada por algunos de haber sido dura, era más bien la sonoridad de martillazos electrificantes, pero sin embargo sutiles. A pesar de que se le acusó tantas veces de ser terco, borrascoso, ceñudo, adoraba su huerto y sus flores y los cultivaba con la misma dedicación, delicadeza y rigor con que manejaba sus papeletas, sus ficheros, sus escritos.

Su aparente “corteza de gladiador” ocultaba un alma de niño, “alma blanca, tierna, inocente,” que buscaba siempre la amistad de los jóvenes con preocupaciones culturales. Por eso fue un descubridor de escritores, un alentador de autores. Así lo hizo con Gabriela Mistral, con Federico García Lorca, con Andrés Bello y con tantos otros.

Había nacido en 1885 en la vieja Salamanca de Nebrija, de Fray Luis de León, del **Lazarillo**, y por adopción de Unamuno, y vino a morir a esta tierra tropical y luminosa de Puerto Rico. Hoy descansan sus restos en la paz del

cementerio del Viejo San Juan, donde también yacen los de su esposa Harriet de Onís. Allí, cerca de la tumba de su coterráneo Pedro Salinas, cerca de Gautier Benítez, de José de Diego, de Alejandro Tapia, junto a las centenarias murallas y garitas que una vez construyera la España imperial, junto a nuestro mar y nuestro cielo, su alma traspone los límites del tiempo para adentrarse en el corazón de toda Hispanoamérica, pero sobre todo de aquellos de sus discípulos y amigos que convivimos con él horas gratas y horas amargas, de aquellos de nosotros que siempre le hemos profesado a su obra y a su memoria cariño, admiración y respeto.

Fue a mediados de la década de 1950 que conocimos en Puerto Rico al nunca bien-llorado Don Federico de Onís. Este que aquí recuerda y escribe era entonces instructor en el Departamento de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico. Junto a otros colegas que aun no teníamos el Doctorado en Filosofía y Letras, nos matriculamos en un curso sobre Investigación Literaria para aspirantes a ese grado doctoral, que ofreció Don Federico por primera vez en la Universidad de Puerto Rico. Estaban con nosotros en la clase, entre otros, Gloria Arjona y Félix Luis Alegría. El curso era en forma de Seminario y colaboraban con Don Federico en el mismo la vieja "flor y nata" del Departamento de Estudios Hispánicos: Concha Meléndez, Margot Arce, Rubén del Rosario, y otros. La intención de Don Federico —original fundador de ese departamento en la década de 1920— era establecer firmemente en la Universidad de Puerto Rico, en la entonces década de los 50, el Programa Doctoral en Filosofía con especialidad en Estudios Hispánicos. Hubo grandes problemas para lograrlo. La Administración le dio la prioridad al establecimiento de la Escuela de Medicina y dejó indefinidamente para más tarde el Proyecto Doctoral en Filosofía. Don Federico dio por terminado el curso y nos reunió aparte a todos. Sus palabras fueron muy claras: "Cada uno de ustedes debe terminar sus estudios doctorales en otras universidades extranjeras: Columbia University en Nueva York, España, Méjico. Ustedes decidan. Yo les daré recomendaciones" si así lo desean. Esto aquí no funcionará por buen tiempo." Y Don Federico, en un gesto de indignación ante la Administración universitaria que había aplazado indefinidamente su proyecto doctoral, se fue a la Universidad de Santa Clara, en Cuba, pero mantuvo correspondencia constante con aquéllos de nosotros que nos interesamos en continuar y terminar el Doctorado fuera de Puerto Rico. Años más tarde, trascendida la situación que ocasionó la partida de Don Federico, parece que todo se armonizó un poco y él regresó a San Juan, pero ya no fue para dirigir el Departamento de Estudios Hispánicos. Falleció en nuestra isla el 14 de octubre de 1966, traspuestos los 80 años.

Personalmente tuve la suerte y la dicha de ser recomendado por Don Federico a las autoridades de la Universidad de Columbia en Nueva York. Esto nos abrió el camino en ese centro docente, pues se nos contrató para enseñar varios cursos de literatura hispanoamericana en la Facultad de Estudios Generales, que dirigía entonces el Profesor Anthony Tudisco. Así pudimos terminar nuestro Doctorado en Filosofía, con especialidad en letras hispanoamericanas. Allí, en "Philosophy Hall", como se le llamaba a la ubicación de la Escuela Graduada, estudiamos bajo la dirección de los profer-

sores Andrés Iduarte, Angel del Río, Francisco García Lorca y Gonzalo Sobejano, entre otros. Al concluir el grado doctoral, la tesis (un análisis estilístico sobre la poesía de José Eusebio Caro como precursor del Modernismo) —tema que había sido sugerido en Puerto Rico por el propio Don Federico— fue publicada de inmediato por el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá. La dedicatoria impresa aparecía orgullosa después de la página titular, y leía: “A Don Federico de Onís, con cariño y respeto.” Antes del Maestro fallecer, recibió un ejemplar del libro. Guardamos con verdadero celo y honra la profusa correspondencia que medió entre Don Federico y el que escribe estas líneas. Desde un sentido prólogo con que nos obsequió en el mismo Puerto Rico, para que se publicara al frente de nuestro poemario **Lucero sin llama**, hasta su última carta elogiando la tesis publicada y felicitándonos a la vez, nuestro epistolario fue casi constante. Después se hizo el silencio por varios meses y ocurrió entonces la tragedia que nos lo arrebató para siempre, y que ha impactado angustiosamente a todos los estudiosos a ambos lados del Atlántico.

Cierto es que no fue meramente una relación de maestro-discípulo la que nos unió a Don Federico. Para nosotros fue mentor, inspirador, modelo de investigador, fuerza nutriente del espíritu que nosimantaba constantemente con su desbordante vitalidad intelectual y humana. Y fue amigo, amigo sin medias tintas. Recuerdo aquellas tardes en que salíamos de la clase de Investigación y juntos íbamos en mi automóvil al Centro de la Facultad de aquella época a beber y comer algo, y a continuar la interminable conversación donde mi ser se iluminaba con la sabiduría inagotable del Maestro.

No fue a nosotros únicamente a quien Don Federico prologara libros. Sus prólogos son famosos en su bibliografía, tanto a autores muertos como vivos. En Puerto Rico, que recordemos, su primer prólogo fue al libro de la Dra. Concha Meléndez sobre Amado Nervo. Luego hubo muchos otros a varios escritores del país. En Hispanoamérica son incontables los prólogos a tantos autores, entre ellos figuras de relieve continental como Gabriela Mistral, Luis Palés Matos, Andrés Iduarte...

Fundador, como dijimos, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, y su primer director, también fundó el Seminario que hoy lleva su nombre. En este año de 1985, en que se celebra póstumamente en el orbe occidental el centenario de su nacimiento en Salamanca, recordamos en forma panorámica su vida y su obra, con nostalgia de discípulo, de profesor, de amigo.

Don Federico se doctoró en Madrid en 1908 y trabajó allí bajo la batuta de Menéndez Pidal, colaborando luego en el Centro de Estudios Históricos. Miembro de la Generación del 98, los conoció a todos. Por eso en las clases del Maestro era un verdadero regusto oírle recordar a sus colegas, amigos y maestros, y trazar originales perfiles de Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, y otros con quienes convivió en aquellos años. Fue profesor en las universidades de Salamanca, Oviedo, Cambridge (en Inglaterra), Columbia (en Nueva York), Middlebury College, Cuba, Puerto Rico. Dictó conferencias por toda la América Latina, los Estados Unidos, España, Inglaterra y Francia.

Por 38 años, de 1916 a 1954, fue el director del Departamento de Estudios Hispánicos de Columbia University, adonde fuera invitado entonces por el mismo presidente de esa universidad, el Dr. Nicholas Murray Butler. Allí fundó en 1920 el Instituto de las Españas, después transformado con el nombre de Instituto Hispánico, el cual se albergaba en la llamada Casa Hispánica. Fundó además la autorizada **Revista Hispánica Moderna**, que traía siempre la bibliografía más al día sobre letras hispánicas en general. Las actividades del Instituto, además de la publicación de la mencionada revista, fueron: crear una biblioteca hispánica, editar libros, monografías y tesis doctorales, celebrar la Fiesta de la Lengua (en los aniversarios de Cervantes), dictar conferencias por escritores y profesores visitantes, ofrecer conciertos y representaciones dramáticas, otorgar medallas y becas, fomentar clubes de español, investigar el folklore y las letras de Hispanoamérica, Brasil, Portugal, España y también las sefarditas.

Por su departamento en la Universidad de Columbia en Nueva York desfilaron las más egregias figuras de las letras peninsulares e hispanoamericanas de aquellos años: Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Américo Castro, José Ortega y Gasset, Gabriela Mistral, Federico García Lorca, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jorge Mañach, Arturo Uslar Pietri, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, M.J. Benardete, Max Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo, Eugenio Florit, Jesús de Galíndez, Francisco García Lorca, Antonio S. Pedreira, Concha Meléndez, María de Maeztu, Antonio Solalinde, Fernando de los Ríos, Arturo Torres Rioseco, Raimundo Lazo, Ciro Alegría, Pedro Salinas, Amado Alonso, Angel del Río, Andrés Iduarte...

Jubilado en 1954 de Columbia University pasó una vez más a la Universidad de Puerto Rico, y ya sabemos su vida en la isla, hasta su muerte. No fue Don Federico escritor de muchas obras orgánicas. Desde su libro inicial **La Lengua de Salamanca en la Edad Media**, premiada en 1909 por la Real Academia Española, sus estudios del dialecto leónés, sus manifiestos a las juventudes reformistas españolas, su controvertible **Disciplina y rebeldía** (1915), su breve **Historia de la literatura española** (1918), sus **Ensayos sobre el sentido de la cultura española** (1932), hasta sus autorizadas obras mayores: la erudita **Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)**, del año 1934, con varias ediciones posteriores, su colección de ensayos críticos **España en América**, homenaje que le tributarán sus discípulos y amigos al ser editada por la Universidad de Puerto Rico en 1955, y su valioso estudio **Luis Palés Matos: Vida y Obra**, publicado en Cuba en 1959 (con modificadas ediciones también), su obra fue siempre grandiosa en estas investigaciones ejemplares. Por esos libros, por los textos de clásicos españoles e hispanoamericanos que editó en los Estados Unidos y otros países, y por sus estudios sobre Fray Luis de León, Santa Teresa, Torres Villarreal, Galdós, Baroja, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Darío, Vallejo, Neruda, Huidobro, González Prada, Luis Palés Matos, Antonio Machado, Jorge Guillén y otros, a Don Federico de Onís se le considera en las letras hispánicas, no solamente como uno de los más destacados pioneros en estas investigaciones, sino como el más eminente

hispanista de más de la primera mitad del siglo XX, y cuya labor docente en los Estados Unidos fortaleció definitivamente —mejor que lo que hicieran políticos y estadistas— las relaciones culturales anglohispánicas.

Su estilo siempre fue sobrio, directo, claro y lleno de una inagotable erudición bien atinada, sin alardes académicos innecesarios, sin pedanterías de diletante, sino con auténtica reciedumbre profesional. Tanto como investigador y como educador, Don Federico fue, por encima de todo, un alquimista de juventudes universitarias, que supo transmutar la arcilla ferruginosa de sus discípulos en doradas realizaciones. Que viva eternamente en el recuerdo como ser humano de voluntad indoblegable, sin claudicaciones, fiel a sus escogidos ideales. Que se inmortalice en la memoria como maestro y como amigo.

San Juan de Puerto Rico
1985

José Luis Martín
Universidad Interamericana

Era hombre de palabra hablada sobre todo, por eso su obra *España en América* reúne una gran cantidad de textos que fueron pensados para la exposición oral. *España en América* es una recopilación de trabajos "de diversa índole que tienen en común el referirse a España, vista desde dentro de ella y más a menudo desde fuera, desde los Estados Unidos, donde me ha tocado vivir lo más de mi vida, dedicado por mi oficio a interpretar la cultura española para hombres y mujeres de otra cultura".

Con estas palabras nos ofrece su libro el propio autor, encargado él mismo de la selección, ordenación y edición de la obra, pensada sin embargo por sus discípulos norteamericanos como una forma de homenaje al maestro que dejaba, en 1954, la labor en la Universidad de Columbia.

Efectivamente, *España* es lo que tienen en común estas páginas, y lo que hace solidarios trabajos tan diversos. Y junto a este tema primordial, el mismo Don Federico se suma en cada línea. Su saber y su sensibilidad —razón y sentimiento— son puntos de partida de todas las interpretaciones que hace de la cultura hispánica, líricas, y muchas, definitivas. Este partir de sí mismo, que transforma lo erudito en lección eficaz y nos da el conocimiento "sentido" de las cosas, fue, es, el método de Don Federico de Quito. Bel a su maestro Unamuno. Don Federico, como el viejo rector de Salamanca, pone su intuidad en toda interpretación de hechos, movimientos, razones y situaciones, personas y obras literarias, gestos, actitudes y recuerdos. Por eso *España en América* se me aparece como el "diario" de un hombre que se dijo a sí mismo al decir de lo demás. La lectura atenta de este libro descubre, por eso mismo, algo que todos los emigrados españoles —o casi todos— hemos sentido alguna vez, y a lo que Don Federico da perfil concreto de palabras: América es

¹Palabras tomadas del "Prefacio" al libro que nos ocupa publicado por la Universidad de Puerto Rico, P.R. 1985.